

## EL RINCON DE LA HISTORIA

### LAS TERTULIAS MUSICALES EN LA ÉPOCA COLONIAL

Dicen las crónicas—y podría documentarse el aserto—que las primeras tertulias musicales comienzan en Chile en el siglo XVIII. Aun no había cumplido diez años este siglo borbónico, vascongado y francés y vemos llegar, con la pompa y majestad de un regio valido, al nuevo Gobernador don Gabriel Cano de Aponte y a su refinada esposa doña María Francisca Javiera Veloz de Medrano. En las acémilas que perezosamente se descargaron en la Plaza de Armas, frente al hogar transitorio, en espera de la terminación del Palacio de los Presidentes (hoy Correo Central) venían «veinte cajas con muebles y vajilla, un clavicordio, cuatro violines, una arpa y varias panderetas andaluzas». Mientras el intrépido Cano y Aponte lucía su destreza de jinete y hacía revivir los juegos épicos de caballería que iban a costarle la existencia, doña Francisca golpeaba muy armónicamente el clavicordio, a cuyo alrededor se reunía un selecto grupo de alumnas aristocráticas. Poseer uno de estos instrumentos daba tanta nobleza como esos lacrados tubos de estaño en que el Rey y sus notarios hacían constar, en menuda letra de cadeneta, los más peregrinos abolengos.

En el correr del siglo, fueron surgiendo múltiples tertulias musicales. Los viajeros recuerdan algunas de merecida fama, por el papel que desempeñaron en popularizar la buena música dieciochesca. Al toque de queda, ardieron las arañas de muchas casas copetonas para solaz de los tertulianos.

En la morada de don Agustín de Eyzaguirre, en la calle de los Huérfanos, esquina con la del Rey, doña Teresa Larraín asombró a los santiaguinos con sus tocatas en un piano de fabricación sevillana, firmado José Mármol. Los estrados de don Francisco García Huidobro, Marqués de Casa Real, tenían como autor favorito a David Pérez, discípulo napolitano de Pergolesi, y a menudo se dejaban oír las arias de *Didone Abandonata*, con acompañamiento de dos violines, viola y contrabajo. El locuaz John Byron, abuelo del famoso poeta romántico, señala en sus apuntes de viaje, la tertulia de doña Francisca Girón, «que tenía una hija muy bonita que tocaba y cantaba notablemente bien y considerábanla como la mejor voz de Santiago». Vancouver, el gran navegante británico, alaba la elegancia y distinción de las reuniones en casa de don Manuel Pérez Cotaños: «Las diversiones, escribe, consistían en un concierto y en un baile. Las mujeres eran las únicas instrumentistas: una de ellas tocaba el pianoforte, otras el violín, la flauta o el arpa».

Y así, en casa de don Francisco Javier Errázuriz, de don José María Astorga, de don Manuel de Salas, de doña Pabla Verdugo, de doña Juana Micheo y otras muchas que sería cansado enumerar, la música tuvo un lugar ostensible como solaz de aburrimiento y

---

como refinamiento intelectual. Pero ninguna tertulia alcanzó la celebridad de los salones de doña María Luisa de Esterripa y Guzmán, la última presidenta del Chile colonial, a quien sus contemporáneos bautizaron con el versallesco nombre de la Bella Marfisa. Allí lució todo el ingenio santiaguino en acrósticos, dísticos y repentismos, y a la manera de una academia neoclásica don Juan Egaña, don Bernardo Vera y Pintado y don Manuel de Salas, discutieron sobre el maridaje del drama con la música, germen de la ópera, que ellos admitían sólo en el genio de un Lully.

E. P. S.